

La tragedia, tal vez, murió con *Sulma*. Corrobora esta obra lo dicho poco después por Vergara y Vergara, me parece, sobre la década de los años treinta del siglo pasado: el teatro, y en general la literatura, perdieron muy pronto el vigor que les habían impreso los escritores de la Independencia; languidecieron hasta el punto de que llegó a hablarse de esa década como de una "Edad Media de nuestra literatura".

Para terminar este comentario, que podría extenderse mucho más, ya que la meteórica aparición de la tragedia en Colombia produce no pocos destellos deslumbrantes, hay que concluir diciendo que los autores de estas preciosas ediciones merecen todas nuestras felicitaciones. Nuestra historia teatral no podría ser más que una triste sucesión de hipótesis sin confirmar, si no existieran estos textos dramáticos para poder leerlos. Poder hacerlo con el gusto que produce una impecable presentación es, además, un gran placer.

FERNANDO GONZÁLEZ CAJIAO

Retorcida retórica

El árbol de la casa de las muchachas flor y otros romances

José Manuel Freidel

Ediciones Otras Palabras, Medellín, 1988, 87 págs.

Una obra de teatro puesta en escena es, mal que bien, un mundo. Un mundo del que depende la pasión de un público; una audiencia que, cautiva o ausente, es agredida por una situación ajena.

Depende del director la actitud; de los actores, como personajes, la veracidad con que se viva esa intención; de cada uno de todos los demás seres ahí presentes, la atmósfera.

Todo lo que ahí sucede se refleja en cada uno de los rostros que afecta. La energía —si entendemos por energía una corriente contagiosa que se asi-

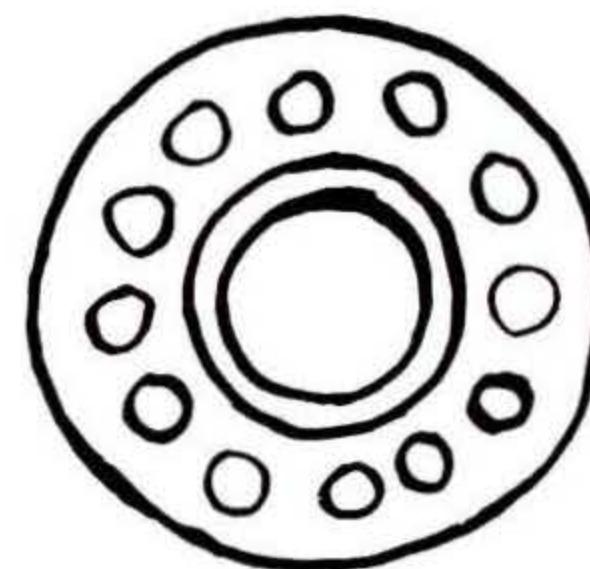
mila en varios seres humanos— inunda un espacio teatral y se estaciona en él, se personifica y se vuelve un "duende". Del teatro y del espíritu que ahí se ha mantenido durante el trabajo, dependen los "duendes" que lo habiten. Cada nuevo montaje es un reto, no sólo por el trabajo físico que implica como disciplina profesional, sino por la batalla que se libra contra cada uno de los espíritus que ya habita la trasescena del teatro; espíritus celosos de nuevos "duendes". Espíritus, celos, pasión, son lo que mueve el mundo en general, y en el teatro existe la posibilidad del desdoblamiento, esa esquizofrenia por todos deseada en que un personaje —o varios, o uno mismo— deja de existir cuando es necesario.

Esto en cuanto al teatro en la escena, visto ahí, a cierta distancia. Pero la esencia, lo sustantivo del teatro, el texto, está antes, escrito, y determina todo.

Si el texto es una secuencia narrativa, el director está guiado por él y crea según su poder de intensidad; de lo contrario, si el texto no narra, sino que simplemente estimula una situación, el director revela, a través de las imágenes, su sensación. De cualquier manera, lo que hay es una intención de transmitir, un gesto de generosidad con él mismo; y para no hablar sólo del director, sino de todo lo que conforma el elenco de un montaje, con ellos, con uno que los ve.

El escritor, que muchas veces dirige, o que al ver su montaje dirigido por otro tiene una segunda versión, está solo. El con el mundo que crea. Los hay de todo tipo: algunos, de noches insomnes antes de asesinar a su protagonista; otros, de extraños encuentros entre los personajes y la cotidianidad. Hasta de los que torcidamente inventan situaciones reales para recrear su imaginación. Se dedican, en pleno siglo XX, a una profesión destinada a desaparecer. Son humanos diferentes, diferentísimos de los demás, que somos capaces de leerlos, de ver sus obras, de escribir sobre ellos. Diferentes, porque encienden en la realidad una realidad más tangible que la de cualquier otro género literario (sin tener siquiera género dentro de lo literario), son menos efíme-

ros que un poeta y más cándidos que el novelista o el escritor de cuentos; narran, por conducto de otros pobres hombres, la historia que ahí, sobre unas tablas, devora a cualquier humano; ingenuos, como en este caso, en el que específicamente me refiero a los textos de José Manuel Freidel publicados recientemente por Otras Palabras en Medellín: *El árbol de la casa de las muchachas flor y otros romances*.

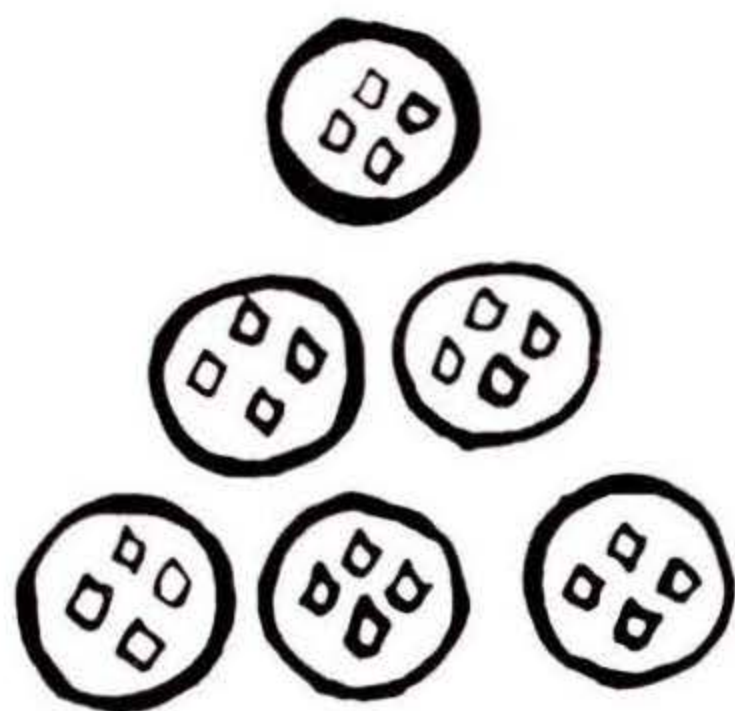


Los otros romances —*Romance del bacán y la maleva*, *Romance de la bella Berta y Berto el bandido*, *Una raya en la vida de Lucrecia* y *Romance de Juana y el jilguero*— son breves secuencias, donde aparecen entre siete y trece personajes de cortas intervenciones, exceptuando *El romance del bacán y la maleva*, en el que participan tres personajes.

Son sátiro-cómico-trágicos; los cuatro, si se trata de hacer ver como cuenta cada uno su historia. Están escritos en verso rimado, de esos que cantan uno seguido del otro y dan la sensación de una tropa de pequeños saltando cuerda mientras entonan, al ritmo de las palmas: "El cacique juancho pe-pe-pe, fue a buscar a su mujer-jer-jer..."

Cabe decir aquí que el teatro no es un género literario, como ya se anotó; es simplemente la transcripción textual de secuencias escénicas; es la memoria de un montaje, anterior al montaje, pero memoria, porque recuerda el hecho por el texto. Ni siquiera el teatro clásico, ni el romántico, por la manera en que están escritos, son un género dentro de la literatura; sería como decir lo mismo de los guiones cinematográficos.

En el libro de Freidel, entonces, tenemos cuatro textos cortos de teatro y un romance. Todos escritos a la



manera de romance, pero sólo uno de verdad romance: *El árbol de la casa de las muchachas flor*. Un texto en que el autor pretende a cada frase descifrar una verdad, pretende ser revelador a través de una prosa repleta de metáforas, que crea con un lenguaje inusual, rebuscado, y con el que no revela nada. Llena de arandelas una historia que se podría contar en dos páginas y se mata en adjetivos, entre tantos que no califican: atacan.

Es, en definitiva, una excusa de almíbar para un texto que puede ser narrado sin tantos vericuetos.

José Manuel Freidel nació en Medellín en 1951. Hace quince años escribe y dirige sus montajes con el grupo de teatro La Fanfarria, además de dirigir los grupos de teatro de la Universidad de Medellín y la Escuela Popular de Arte (Epa).

SEGUNDO CAMPO

La silvomanía en aumento

José Asunción Silva, bogotano universal
 Juan Gustavo Cobo Borda
 Biblioteca de Bogotá, Villegas Editores,
 Bogotá, 1988, 382 págs.

"Parece que escribía versos": de la grosera conjetura de la prensa de su época a la justa magnificación de su obra en el presente, José Asunción Silva ha ganado la única batalla en la que debe participar un escritor: la batalla por el reconocimiento de la

dignidad y valor de su oficio. Y tanto más valioso resulta ese triunfo cuanto que en la lucha el autor ha comprometido también su propia vida. Vida y poesía: Silva es sin duda el más patético ejemplo de filiación entre el *dictum* poético, convertido en misión única, y una existencia lacerada por la penuria e incompreensión de sus contemporáneos. En todo superior al cretinismo ambiente, Silva trasladó a su poesía la majestad e inteligencia del individuo, denostado e injuriado por una sociedad de medio pelo, y merced a esa sabia transferencia alcanzó a fundir en tan magnífica alianza el sueño de todo auténtico creador. Vida y poesía: o lo que es lo mismo: Silva y su leyenda, el autor y su escritura, el yo que sueña y el aura de sus interpretaciones.

A Silva comenzaron a interpretarlo al día siguiente de su muerte. Incapaces de comprender el orbe sensible y estético de su obra, sus críticos optaron por endilgarle una bien surtida urdimbre de consejas, desde su situación financiera hasta su tensa relación con el *milieu*, sin olvidar, por supuesto, la piedra de toque de un bien ventilado incesto. Parece que el único incesto válido hoy en día es el que cualquier avisado lector puede comprobar entre la vocación del autor y la devoción —rayana en el solipsismo— por la página escrita. Vida y poesía: una vez más el noble lema goetheano se impone y, al mismo tiempo, *califica* la obra del más universal de los escritores colombianos en toda su historia. Y aquí es necesario invocar unos cuantos elementos que, en la época del poeta, eran inimaginables, incluso en mentes tan lúcidas y alertas como la de Sanín Cano. ¿Qué papel ocupa Silva en la poesía de su tiempo? ¿Cuál es su espacio dentro de la estética del modernismo? ¿Qué importancia tiene su novela *De sobremesa* en la prosa finisecular? Estas y muchas otras cuestiones, siempre teñidas por el aura legendaria que comenzó a abrirse camino con las circunstancias de su muerte, son las que desde hace casi cien años aumentan la bibliografía crítica y exegetica sobre el autor. Se advierte incluso cierta tendencia a la mitificación de Silva como personaje

y, en buena parte, ello es comprensible gracias a ciertas correspondencias evidentes entre su vida y la de su álgter ego en *De sobremesa*, el deletéreo y decadente poeta José Fernández y Andrade de Sotomayor. Esto, sin embargo, debe no sólo no extrañar sino dejar de preocupar, pues una cosa es la vivificante apoteosis del individuo, que por fin triunfa desde el mito sobre la indiferencia y crueldad de sus contemporáneos, y otra la investigación puramente científica sobre el valor y pervivencia de su escritura. Villon y Rimbaud tienen su mito y eso no disminuye en nada la grandeza exegetica de su legado; Poe y Baudelaire sobreviven merced a la doble escritura de su presencia en el mundo: la ambigüedad de sus vidas y la transparencia infinita de sus obras. Eso es lo contrario de lo que le pasó a Chénier: su muerte lo hizo más grande que su poesía, que en realidad vale muy poco. O ese personaje de Camus que se suicidó para llamar la atención sobre su obra y ciertamente lo consiguió, sólo que los entendidos dictaminaron que dicha obra era tan patética y pobre como la muerte elegida por su autor.

Silva crece por partida doble: algún día una ópera canonizará su vida, no sin cierto rictus romántico, y lo convertirá en *Silva Super Star*, sin que tal hecho mengüe la atención de los entendidos en torno a su obra; los profesores, los amantes de la poesía, los poetas mismos aumentarán mientras tanto el *haber* de la otra columna con sus interpretaciones y aportes, con la devoción a esa vida perdurable que es el *Nocturno* o *De sobremesa*, cabezas de puente de una herencia cada vez más válida. Y es de esta segunda columna de lo que trata esta nota. En la incontenible bibliografía sobre el poeta bogotano, ya son tres las valoraciones múltiples y en su conjunto se aproximan al centenar los ensayos, evocaciones, reseñas y estudios sobre el autor de *Vejece*. La última, preparada por J.G. Cobo Borda, ofrece algunas peculiaridades que vale la pena hacer resaltar. En primer lugar, la inteligente aproximación que el poeta Fernando Charry Lara hace —una vez más— a algunos de los aspectos más conflictivos de la